

lo que inicialmente se había pensado. No estaba, pues, integrada sólo por el ala más conservadora del moderantismo, sino que en sus filas se habían integrado, al menos en un primer momento, incluso algunos paladines de la exaltación, como Palarea (p. 139). Pero, sobre todo, Pedro J. Ramírez demuestra que los anilleros defendieron un programa político más posibilista para el Trienio. Su apuesta por el bicameralismo –concretado en el proyecto de Fuero Real de España recientemente hallado por Clara Álvarez Alonso y que maneja Pedro J. Ramírez– se acomodaba mejor a las exigencias exteriores y, muy en particular, a las británicas. Es posible que, de haber tenido éxito su propuesta de reformar la Constitución de Cádiz para alejarla del modelo revolucionario francés, la Santa Alianza hubiera tenido menos argumentos para intervenir en España, y la oposición británica a la invasión hubiese resultado también más determinante.

Lo anterior no es, sin embargo, más que un conjunto de reflexiones que no alcanzan a mostrar la profundidad del libro recensionado. Su estilo narrativo y alejado de los rigores académicos no deben llevar a engaño: se trata de una obra imprescindible, que debe estar en los anaqueles de quienes deseen profundizar en las vicisitudes de la apasionante historia del Trienio Liberal.

IGNACIO FERNÁNDEZ SARASOLA
Universidad de Oviedo

QUINTERO, Tomás; FARMER, Thomas, *Informes del espía de la República de Colombia en la corte de Fernando VII (1825-1830)*, edición, presentación y notas por Daniel Gutiérrez Ardila, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2012, 563 pp.

Este volumen contiene los informes enviados desde Madrid a la embajada en Londres de la República de Colombia por Thomas Farmer, pseudónimo utilizado, en traducción directa de su nombre, por el caraqueño Tomás Jesús Quintero. Comienzan en 1825, a los pocos años de constituirse la República, y finalizan en 1831, una vez esta quedó dividida en las repúblicas de Nueva Granada, Venezuela y Quito.

Quintero llegó a España en 1817 acompañando, en calidad de secretario particular, al arzobispo de Caracas Narciso Coll y Prat. El arzobispo había sido acusado de connivencia con los independentistas por el general Morillo, comandante del ejército español destinado a combatir a Bolívar en el antiguo virreinato de Nueva Granada. Viajaba a la corte con el propósito de reivindicarse, cosa que logró, pero a causa del avance de la insurrección en el territorio de su diócesis no pudo regresar de inmediato y el 28 de diciembre de 1822 le sorprendió la muerte en España. Tampoco Quintero consiguió volver a su tierra, en este caso debido al estado de guerra en España provocado por la invasión en

abril de 1823 de un ejército francés (los Cien Mil Hijos de San Luis), llegado para derrocar el sistema político constitucional establecido tres años antes. Quintero quedó en Madrid en situación personal precaria, sin oficio y sin protector. Además, sus ideas políticas, claramente liberales (había colaborado en la prensa de este signo y formado parte destacada de la Sociedad Patriótica de Amantes de la Constitución) chocaban con el ambiente represor característico a partir de 1823 de la España de Fernando VII. Como apunta el doctor Daniel Gutiérrez Ardila en su excelente introducción a este volumen, “era uno de los muchos jóvenes neogranadinos y venezolanos que languidecían en la Península empobrecidos y sin destino, y que esperaban encontrar algún empleo en el servicio de la nueva república.” (p. 22). No consiguió la ansiada colocación, al menos con carácter oficial, pero trabajó mucho al servicio de la República de Colombia en calidad de informador o agente confidencial en Madrid, en definitiva, como lo califica el editor, de espía.

Dotado de un talento para la observación fuera de lo común y de una asombrosa capacidad de relación humana, Quintero cumplió este cometido con extraordinaria habilidad. Adquirió conocimiento de documentos de muy distinta naturaleza, no pocos oficiales (por ejemplo, en uno de sus informes copia capítulo por capítulo el presupuesto del Estado español para

1830), logró acceder a la correspondencia privada de personas de relevancia y se ganó la confianza de algunas de ellas. Resalta en este punto su estrecha relación con Alexander Everett, embajador de Estados Unidos en Madrid de 1825 a 1829. Gracias a su cargo, Everett, firme partidario del entendimiento entre la monarquía española y las nuevas repúblicas americanas, manejó asuntos reservados y de ellos informó a Quintero, convirtiéndose en una de sus principales y más valiosas fuentes de información, así como en una especie de consejero personal, como el propio Quintero da a entender en distintas ocasiones.

Los informes del espía americano abordan asuntos muy diversos y, debido a lo dicho, presentan un alto grado de fiabilidad. Sus noticias sobre las decisiones políticas de Fernando VII y su gobierno son exactas y acertados sus juicios sobre las personas, en particular sobre algunos de los ministros más influyentes del momento y que por el ámbito de sus competencias más le interesaban (Calomarde, el duque del Infantado, González Salomón...). Siempre se muestra sumamente crítico con ellos y aunque en ocasiones quizá lo sea en exceso, como es el caso de Infantado, sus puntos de vista no deben ser despreciados. Como es lógico, a Quintero y a los destinatarios de sus mensajes (las autoridades de la República de Colombia), preocupaba sobre todo la actitud de Fernando VII ante las nue-

vas naciones americanas y los movimientos del gobierno español para conservar Cuba y Puerto Rico, únicos restos ya del antiguo imperio hispánico. En lo concerniente a este segundo aspecto, los escritos de Quintero, redactados siempre en tono crítico, están cargados de ironía y a veces, incluso, de altas dosis de burla, pues casi todos los proyectos esbozados, y algunos anunciados, para “recuperar el imperio” eran baladronadas o, simplemente, quimeras, ya que el gobierno de Fernando VII carecía de recursos económicos, de soldados y de navíos para organizar una campaña con visos de éxito. Pero lo más grave —este es un extremo en el que con buen criterio abunda Quintero— era el desconocimiento en la corte y el gobierno acerca de la situación política de América. La constatación de esta realidad es, quizá, una de las aportaciones de mayor interés del espía Quintero y, por ende, uno de los valores más relevantes de este volumen. No fue solo la nulidad de los ministros de Estado de esta década —nulidad, a juicio de Quintero, contrastada por sus actos y sus palabras—, sino también y fundamentalmente la incapacidad del gobierno para organizar algún plan destinado a afrontar la nueva situación creada por la aparición de las repúblicas independientes americanas. Todo se redujo —señala Quintero con no poca amargura— a negar la realidad: ni se reconocieron los reveses militares españoles en América ni el nuevo esta-

do político del continente (este fue, según se deduce de la lectura de estos informes, uno de los grandes defectos de la política de Fernando VII), ni se tuvieron en cuenta los cambios experimentados en la situación internacional, ni se tomó en serio a los americanos. Calomarde, el ministro más influyente sin duda de Fernando VII en estos años (así lo hace constar con acierto Quintero), personificó quizá mejor que nadie esta postura. Con su habitual suficiencia, derivada de la ignorancia y de saberse protegido por Fernando VII, Calomarde presumió de ser la única persona capaz de resolver el problema de la independencia de América. En el colmo de la desfachatez, el ministro afirmó en 1828: “Si no se hubiera extinguido el Ministerio Universal de Indias, y quitándoseme por consiguiente la dirección de los negocios de América, hoy sería toda ella una balsa de aceite; pero ya que voy desocupándome de lo que me han dado que hacer las revoluciones de la Península, me consagraré ahora a terminar las de allá” (p. 324). Nada más expresivo que esta frase para dar cuenta del talante de los gobernantes españoles del momento.

La ceguera del rey y de su gobierno, junto a su ignorancia sobre América, fueron factores de mucho peso para no resolver, sino más bien agravar, un problema político de enorme importancia. Pero por lo que se acaba de ver, no fue solo eso. Sobró petulancia. No es de extrañar, por tanto, que el

espía de la República de Colombia exprese una opinión muy desfavorable de los gobernantes, pero también, fundamentalmente por efecto de la actuación de estos, sobre España, que califica de “país miserable”. Su primer informe lo fecha el 9 de mayo de 1825 en “Caligulópolis”, es decir, Madrid, ciudad que puebla “gente necia e imbecil”. En otra ocasión, aludiendo a su lucha contra Napoleón tilda a los españoles, en general, de “pueblo ferroz”, dado al vandalismo y al pillaje, aunque a continuación, en el mismo escrito, de 1826, matiza que se refiere “al populacho” y a los frailes, pero no a “la clase instruida de la nación”, a la cual atribuye un sincero deseo por dotar de “estabilidad y consistencia a los gobiernos libres de América” (pp. 122-123).

El punto de vista de Quintero es, sin duda, especialmente valioso para comprender el significado inmediato en España de la independencia de América y la reacción, sin lugar a dudas desatinada, del rey y de sus ministros. Pero el interés de sus informes no termina ahí. Estos son asimismo una fuente muy apreciable de noticias sobre el estado político de la monarquía española en la última década del reinado de Fernando VII. Por lo general, Quintero pone mucho cuidado en ofrecer información contrastada y cuando solo puede basarse en rumores, lo hace notar, preocupándose por confirmarlos o desmentirlos, según el caso. Aparte de las referencias sobre

cambios ministeriales, la camarilla real, los movimientos de personas muy variadas (por ejemplo, las rocambolescas maniobras emprendidas por unos supuestos enviados por el dictador paraguayo doctor Francia, uno de los cuales llegó incluso a entrevistarse con el rey), etc., el lector hallará interesantes novedades, por ejemplo un importante informe sobre la política española en 1824 entregado al rey por el conde de Dernath, quien acababa de dejar la embajada danesa en Madrid, o las actuaciones para suscribir un empréstito internacional a favor de la monarquía protagonizadas por Louis Tassin, un curioso y poco conocido personaje implicado con diversos planes económicos relacionados con Fernando VII durante su estancia en el *château* de Valençay, en el tiempo de la guerra contra Napoleón.

El volumen se cierra con la reproducción de dos escritos emitidos por otros agentes de Colombia, anónimos, cuyo contenido no es menos interesante que el de los textos de Quintero. La edición está muy cuidada. Los informes editados, que son —en resumen— una fuente muy relevante tanto para la historia de la República de Colombia como para la de la España de Fernando VII, están precedidos por una extensa y erudita Introducción y van acompañados de notas muy oportunas, sustentadas en estudios recientes, todo ello a cargo del historiador Daniel Gutiérrez Ardila, autor de un importante estudio sobre la República

de Colombia publicado en 2012 por la misma editorial que saca la obra comentada (*El reconocimiento de Colombia. Diplomacia y propaganda en la coyuntura de las Restauraciones*).

EMILIO LA PARRA LÓPEZ
Universidad de Alicante

PASTOR GARRIGUES, Francisco Manuel,
A las puertas del Protectorado. Las negociaciones secretas hispano-francesas en torno a Marruecos (1901-1904), presentación por Alberto M. Pérez Calero, prólogo de Juan Ortiz Villalba, Sevilla, Universidad de Sevilla-Ateneo de Sevilla, 2013, 253 pp.

En el marco del imperialismo colonial europeo del siglo XIX figuró entre sus objetivos preferentes el reparto del continente africano. Así se hizo en efecto, fundamentalmente entre Francia y el Reino Unido, con participación en un plano más secundario de Alemania, Bélgica, Portugal, España y luego Italia, para satisfacer reivindicaciones históricas e intereses económicos ya introducidos. Todo ello según lo convenido en la Conferencia internacional de Berlín de 1885.

A comienzos del siglo XX, asignado Egipto al control británico, tan solo habían logrado librarse del reparto colonial tres estados con entidad propia: Abisinia (actual Etiopía), Liberia y Marruecos. El primero termina-

ría siendo sojuzgado por Italia; el segundo, país de acogida de colectivos norteamericanos de color allí reasentados tras la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, garante de su independencia, y Marruecos, sultanato reunificado y regido por la actual dinastía alauí, si bien hundido en el estancamiento y atraso bajo un régimen casi medieval. El control de este último era disputado por Francia, España y el Reino Unido con argumentos históricos y socioeconómicos diversos, terminando imponiéndose los dos primeros, si bien otorgando a los intereses británicos un tratamiento preferente.

Aunque España había logrado con su triunfo bélico sobre Marruecos de mediados del siglo XIX (“Guerra de África” de 1859-1860) una situación de máxima influencia sobre ese país, tal hegemonía fue más teórica que real, dado que sus prioridades en materia internacional se circunscribían al mantenimiento de su soberanía en Cuba y restantes restos de su perdido imperio ultramarino con la consiguiente reticencia a la posibilidad de nuevas adquisiciones territoriales. Tan solo aceptó hallarse presente allí donde le fue señalado al aplicársele los criterios convenidos para todos los estados con pretensiones coloniales. En el presente caso con referencia a Marruecos, Sáhara Occidental y Guinea, áreas de tradicional proyección española, en donde, pese a todo, España procuró ahora autolimitar su